

« Francia ha abandonado su antigua política en Turquía, puesto que no menciona al imperio otomano en las conferencias ni en el tratado. Poco debe contarse con los griegos, sobrado adictos á Rusia «añadía el embajador;» adulan á Francia para ser príncipes ú hospodares y despues la venden; exceptuo á Soutzo y Callimaki.

« El sultan Selim, dice en otra parte á Napoleon, es bien tratado en su prision por su sobrino Mustafá, que le consulta á menudo sobre los negocios del Estado. Cansado Selim de las vicisitudes y calamidades del imperio, celebra su caída del trono felicitándose mas y mas cada dia por no tener responsabilidad alguna. Tengo correspondencia secreta con este príncipe, á quien el pueblo y los ministros de Mustafá vuelven á estimar mucho y compadecen; por mi parte no manifiesto el interés que Francia le dispensa, porque temo acelerar su muerte si llegan á sospechar la posibilidad de su restauracion. »

## LIBRO TRIGÉSIMO SEXTO

## I

Merced del intérprete del divan, el indiscreto Soutzo, el general Sebastiani habia vencido; mas el caimakan Taias-Bajá y el muftí se vengaban sordamente de su aparente predileccion á la influencia del embajador. Alejóse pues Sebastiani de una escena que no podia dominar ya y que la muerte reciente de su mujer le hacía odiosa. El serrallo quedó abandonado á sus propias intrigas, el caimakan á su inclinacion hácia Inglaterra. El caimakan Taias-Bajá, luchando en vano por una parte contra la insaciable

avidez de los eunucos, favoritos, grandes oficiales del serrallo y del servicio del sultan, por otra contra la rivalidad del muftí y de Cabatchi-Oghli, unas veces unidos, otras divididos, cedió á las dificultades que le apremiaban, dimitió el poder y retiróse á Rustschuk, cerca de Mustafá-Baraiktar, que miraba de léjos aquel reinado con indignacion y desprecio.

La capital quedó por lo tanto entregada á las intrigas del muftí y bajo el dominio de los yamaks de Cabatchi-Oghli. Al sultan fastidiábale su ociosidad y cansábale las pompas de sus casas de recreo. El desgraciado Selim, olvidado en las habitaciones de los príncipes destronados y gimiendo por la decadencia del imperio, se consolaba con el amor de alguna sultana del serrallo, y esforzabase en inspirar á su jóven primo Mahmoud, la pasion siempre viva de que estaba poseido por la regeneracion del Oriente.

« Mas feliz que yo, » decíale sin cesar, « tu infancia te preservará del suplicio que espera tarde ó temprano á los príncipes de nuestra raza temidos del que reina. La Providencia nos ha reunido para que la antorcha de la nueva civilizacion, que se ha apagado con mi reinado, se encienda de nuevo con el tuyo. »

Mahmoud, príncipe generoso, que admiraba cada dia mas el infortunio y virtudes de su primo, graba-

ba estos consejos en su memoria jurándole continuar su obra, si salia alguna vez de aquella cárcel para subir al trono. Así corrian los meses de su cautiverio.

## II

Sin embargo, la paz humillante y forzada que se habia firmado con los rusos, dejaba al ejército del Balkan fijar mas libremente su atencion en las facciones interiores. Las tropas se dislocaban en parte. El gran visir Ibrahim y los ministros de Selim III, que Mustafá IV habia confirmado en sus funciones durante la campaña, continuaban en Andrinópolis en medio del ejército, pero en una situacion ambigua. A la vez nombrados por Selim, y provisionalmente respetados por su sucesor Mustafá, pertenecian á dos reinados, no sabiendo y no atreviéndose á pensar por cual de los dos se inclinaban sus sentimientos; silenciosos, temiéndose unos á otros, sin atreverse á revelar nada, sumisos, por el momento, á los caprichos de la capital y á la constante sedicion de Cabatchi-Oghli.

Tal era la situación verdadera de aquel divan ambulante de Andrinópolis y de los generales que le rodeaban. Para comprenderla bien es preciso recordar que el título de gran visir otorga un carácter de soberanía delegada, tan absoluto y sagrado como la autoridad misma del sultán. También es preciso recordar que el gran visir había llevado al ejército, según costumbre, el estandarte de Mahoma, emblema venerado que reúne al ejército y á la nación con un prestigio divino. La mitad del imperio estaba pues en realidad con Mustafá IV en el serrallo, la otra mitad con el gran visir, el estandarte del Profeta y el ejército en el campo de Andrinópolis, segunda capital de la nación.

### III

Respecto á Mustafá-Baraiktar, nombrado recientemente por Selim III, bajá con tres colas, para recompensarle del ejército que había formado y de la posición que había conservado contra los rusos sobre el Danubio, continuaba aislado en Rustschuk. Gemía su corazón por las desgracias de Selim y la humilla-

ción de los Osmanlis bajo una horda de yamaks de Asia, dando ó retirando el imperio; mas su patriotismo le imponía silencio é inmovilidad delante del enemigo pronto á salvar el Danubio. Ninguno suponía que su pensamiento estuviese en Constantinopla, mientras que su mirada parecía observar solamente á los rusos. El disimulo, que es un vicio gratuito en los países de libertad, es una virtud en las comarcas despóticas, y una virtud cualquiera necesita cubrirse de sombras para no revelarse por su esplendor. Sin esta precaución las grandes empresas no serían mas que grandes temeridades. Por eso deben madurar en los últimos pliegues del corazón. Los misterios del serrallo familiarizan á los otomanos con estos misterios de la política. Dicen que Mustafá-Baraiktar no confiaba sus lamentos por la suerte de Selim mas que á la esclava albanesa á quien amaba, y á un eunuco abisinio, guarda de su serrallo. Delante de los demás escuchaba sí, mas no revelaba sus pensamientos profundos, y todos le suponían exclusivamente ocupado de su ejército y de los rusos; los rumores confusos del serrallo eran los únicos que le iniciaban á las noticias públicas.

## IV

Hemos dicho que el caimakan Taias-Bajá, expulsado de Constantinopla por el muftí y Cabatchi-Oghli, se habia retirado y como desterrado despues de su destitucion á Rustschuk. El ministro en desgracia, pero codiciando el poder que apénas habia gustado, llegaba con el alma ulcerada por su caida é irritada contra el partido de Constantinopla, contra el muftí Cabatchi-Oghli, en fin, lleno de resentimiento y de desprecio contra el serrallo y el sultan que le habia sacrificado tan fácilmente á sus enemigos. Mustafá-Baraiktar escuchó con satisfaccion sus quejas y no se cansaba de oír sus confianzas.

En sus largas conversaciones participó al bajá de Rustschuk todas las circunstancias de la revolucion que habia destronado á Selim III, las intrigas del muftí, las traiciones del primer caimakan, asesino de sus cólegas, el insolente dominio de los yamaks, la servil turbulencia de los comisarios, recibiendo la señal y el ejemplo de aquellos pretorianos de Asia, la diestra y sorda direccion de un fanático consuma-

do, Cabatchi-Oghli. Habia visto á Selim abandonado y relegado en un kiosko interior del serrallo y sido testigo de su resignacion y de sus lágrimas; diariamente temblaba por su vida y por la de Mahmoud. De un momento á otro podia el sultan inmolar á aquellos dos príncipes de la sangre de Othman para asegurar su reinado, quitando todo competidor ó todo sucesor al trono. En el serrallo habia corazones bastante profundos para concebir este horrible crimen, brazos bastante feroces para consumarle. Los cortesanos de Mustafá IV tenian á todas horas en las manos la copa envenenada, la cuerda, el sable. ¿Y no habia perecido así Imael-Bajá, el favorito fiel de Selim, el salvador de los Dardanelos? Donde se detendria la debilidad de Mustafá, la necesidad del muftí de cubrir sus crímenes con otros nuevos, la obstinacion salvaje de Cabatchi-Oghli arrastrando hácia atrás al imperio, es decir, hácia los ulemas, á quien aquel bárbaro ignorante suponía los oráculos del Profeta? Donde se detendria la degradacion del divan de Constantinopla, viéndose obligado á vender el reinado á los extranjeros para comprar algunos días mas de dominio y de rapiñas en el serrallo y en palacio?

## V

El bajá de Rustschuk escuchaba todos estos detalles con aparente impasibilidad, prestándoles la atención indispensable para no desanimar á Taias y recoger en sus conversaciones los datos y circunstancias necesarias para combinar sus planes de venganza. Cuando se convenció de la sinceridad de los resentimientos de Taias y tuvo como prenda sus tesoros y vida, franqueóse algo mas y dejóle leer á medias en la sombra de sus designios, resolviendo servirse de aquel hombre de intriga y de arrojo para sondear las cosas, desconcertar á los hombres y guiar sus primeros pasos. No queria aventurar ninguno antes de conocer bien el terreno. Frustrábase su plan, si surgía cualquier traba, á se realizaba ántes del dia señalado. Debía dar á sus actos apariencias tan vagas, interpretaciones tan confusas, aspectos tan diversos, que fuera imposible atribuirles una significacion cualquiera. La indecision y la duda debian ser el doble velo de sus proyectos, á fin que todo el mundo viese en ellas una esperanza, sobre todo una duda, y que

cada partido temiese, combatiéndola, oponerse á su propia salvacion.

Hé aquí el plan del bajá de Rustschuk. El instinto de un albanés, inspirado por el reconocimiento, le reveló la política de Monk, sin llevarle hasta las intrigas y degradaciones del corazon.

## VI

Mustafá-Baraiktar se dedicó cada dia mas y mas á instruir y disciplinar su pequeño ejército, cuya fuerza total era de diez y seis mil hombres. La experiencia que habia adquirido en sus frecuentes encuentros con los rusos, el orgullo legítimo de sus triunfos y mas que todo su apasionada admiracion por su jefe, le daban otra importancia que la de sus filas; eran las tropas de preferencia de las fronteras.

En Oriente los ejércitos se identifican mucho mas con sus jefes que en Occidente. Los generales hacen las quintas, y por lo tanto el ejército es su propia obra; cada soldado mira á sus jefes como á un amo á quien se consagra de todas maneras. La gloria y la fortuna de un bajá son la fortuna y gloria de cada

combatiente. Allí donde la disciplina y la ley son insignificantes, el hombre representa todo y Mustafá-Baraiktar ocupaba enteramente la imaginacion y corazon de sus soldados. Aventureros felices y valientes, veian en él sus victorias y su fortuna. Su nombre tenia en las orillas del Danubio, el valor de un fanatismo, y estaba seguro que le seguirian á todas partes sin pedirle explicaciones sobre sus miras ó proyectos.

Mas ántes de dar el primer paso, queria precederle de un hábil negociador que sembrase, segun las circunstancias y disposiciones del divan y del grande ejército de Andrinópolis, los vagos presentimientos de un gran designio. Necesitaba un hombre consumado en el arte de cambiar las opiniones, en la palabra y la reticencia. La casualidad le proporcionó Begdjy-Effendi, intendente del ejército. Jóven á la vez inteligente y activo, educado en la escuela de ingenieros militares bajo la direccion de Selim III, conservaba en secreto á este príncipe la mas vehementemente fidelidad, y detestaba enérgicamente á los enemigos de la reforma, á los yamaks, á los ulemas y á los genizaros, opresores todos de su amo. El bajá de Rustschuk encargó á Begdjy-Effendi que explorase el ánimo del gran visir Ibrahim, sondease sus disposiciones, prodigase promesas y oro y ajitase el ejército

con disgustos indeterminados, pero sin pronunciar todavía el nombre de Selim. Despues de haber sembrado una agitacion sin objeto preciso en el campo, y haberse granjeado el concurso eventual ó cuando ménos la inaccion del visir, el negociador tenia orden de marchar á Constantinopla, donde debia buscar con prudencia á los pocos amigos que el terror ó el infortunio no habian separado del sultan, hacerles confiar en una restauracion, escuchar sus consejos, estudiar sus combinaciones, y entenderse de antemano, con ellos sobre los medios mas seguros de destruir á los yamaks, echar por tierra á Mustafá IV y restablecer en el trono á Selim.

Con verdadera rapidéz ejecutó el hábil intendente todo lo que habia prometido. Gimió á media voz delante del gran visir sobre la decadencia de la autoridad del divan, la regeneracion del ejército y el insolente triunfo de unos pocos asiáticos reinando bajo el nombre de un amo impotente en Constantinopla, y relegando á los piés del Rhodope todo lo mas eminente y respetado que poseia el imperio. El orgullo humillado del gran visir, halagado con semejantes palabras, rompió el sello de toda discrecion en sus labios. Antiguo soldado, incapáz de disfrazar mucho tiempo su pensamiento, gimió tambien, murmuró é indignóse con el emisario del bajá de Rustschuk, ex-

halando su ódio contra los yamaks y su desprecio contra la debilidad de un príncipe ávido del trono é incapáz de reinar. Al oír esto, el enviado de Rustschuk no quiso ocultar mas tiempo al gran visir la intencion de Baraiktar de conspirar con él para derrocar al muftí, Cabatchi-Oghli y la faccion que avasallaba el serrallo. Quería, dijo, restaurar sobre sus ruinas la antigua autoridad del gran visir y del divan. No reveló mas; callóse sobre Mustafá y Selim.

## VII

Bien sea que el gran visir entendiése á medias, bien que no proyectase en efecto mas que la restauracion del divan y la suya propia, recibió con gratitud las insinuaciones y proposiciones de Mustafá-Baraiktar. Con objeto de activar sus resoluciones, dió á su emisario cartas reservadas para los principales personajes de Constantinopla, á quien suponía opuestos á la faccion reinante.

Seguro del concurso del gran visir por lo ménos hasta los límites de sus confianzas, marchó el effendi á la capital, y habló al muftí y á Cabatchi-Oghli en

los términos mas adecuados para amortiguar sus sospechas respecto á las intenciones de Baraiktar. Prodigales mil regalos en nombre de su amo, aprovechando la confianza que habia inspirado para ver con toda libertad á los hombres mas influyentes del partido de la reforma y anudar con ellos los primeros hilos de una vasta conspiracion.

De vuelta por Andrinópolis, el effendi dió cuenta al gran visir de la parte de la negociacion que podia descubrirse ocultando lo demás y sin pronunciar el nombre de Selim. Quedó convenido que el bajá de Rustschuk iria inmediatamente á Andrinópolis para concertar con el gran visir las medidas ulteriores. Baraiktar estaba autorizado para llevar cuatro mil hombres de lo mas selecto del ejército, á fin de intimidar y contener un número igual de genízaros que estaban allí, para el caso que aquellos fanáticos intentasen sublevar el ejército y resistir al visir.

## VIII

En cuanto Mustafá-Baraiktar oyó á su agente, se puso en marcha á la cabeza de sus mejores soldados,

mas queriendo á la vez servir y dominar al gran visir, mandó que le siguiesen, á algunas marchas de distancia, doce mil hombres que componian el resto de su division.

Antes que hubiera corrido la noticia de su viaje en el ejército y divan, llegaba con sus diez y seis mil hombres á las puertas de Andrinópolis. Ignorando los ministros las relaciones secretas del gran visir y del bajá de Rustschuk trataron de huir, tanto mas cuanto que no conocian el objeto de aquel movimiento; pero Baraiktar habia previsto su huida, que hubiera desconcertado sus planes, despojando sus actos de la autoridad del divan, y por lo tanto habia cercado por la noche todas las puertas con piquetes de caballería.

Retrocedieron pues los ministros y Baraiktar no solo los tranquilizó sino que los colmó de regalos, y esponiéndose con mucho arrojo, para salvar su plan, acantonó su division á alguna distancia en los pueblos del valle de Rhodope y entró en Andrinópolis con una pequeña escolta. Era lo mismo que decir al visir y á los ministros: « Fiaros del que se fia de vosotros; vengo en rehenes de mi propia sinceridad. » El divan pasó de la desconfianza al entusiasmo por Baraiktar. Los ánimos tímidos duplican su afecto hácia las personas que comienzan por amenazarlos.

## IX

Hubo conferencias secretas entre los ministros y el bajá, y todos convinieron en la necesidad de terminar el largo y vergonzoso interregno de Constantinopla, y de restituir al fin al gran visir y divan en el ejercicio del poder antiguo del cual se veian privados por su ausencia y la del ejército.

« La paz con los rusos, » díjoles el bajá de Rustschuk, « no exige la presencia del ejército en el Danubio ó á los piés del Balkan; no parece sino que el estandarte del Profeta está vergonzosa é inútilmente desterrado de la capital. Marchad primero con vuestras tropas para llevarle á su sagrado depósito en el palacio del sultan, y yo os acompañaré á alguna distancia con mi division para sosteneros en el caso que os cerrasen las puertas de Constantinopla. Entraré casi con vosotros en Stamboul, permaneciendo solo el tiempo necesario para refrenar á los viles yamaks, que son nuestro obstáculo, y consolidar el poder ministerial en vuestras manos. »



## X

Contra tan sencillo y enérgico plan no había objecion posible, mas dependia de un solo hombre que abortase ó fuera la señal de una guerra civil sangrienta, si llegaban á fanatizarse los dos millones de hombres que habitan Constantinopla y las ciudades inmediatas.

El hombre digno por su influencia, genio y audacia de contrabalancear á Baraiktar era Cabatchi-Oghli, el tribuno militar de aquella larga sedicion de un año. Dos consejeros entendidos y astutos de Baraiktar, Ramis-Bajá y Taias-Bajá, que habian venido con su amigo de Rustschuk para secundarle con su experiencia y preservarle de todo lazo, propusieron un plan que cortaba la resistencia de raiz, plan tan feróz como temerario, pero que convenia perfectamente al carácter aventurero y salvaje del albanés y que por lo tanto fué adoptado.

Decidióse que mientras marchaban ambos ejércitos á Constantinopla por las vastas llanuras que conducen de Andrinópolis al mar de Mármara, un destacamento de caballería de unos cien albaneses escogidos iria

rápida y secretamente, marchando especialmente de noche y por la montaña á la izquierda del mar Negro, al castillo de Fanarki, cuya fortaleza construida á orillas del Bósforo, próximo al sitio donde se pierde en el canal de Constantinopla, estaba bajo las órdenes de Cabatchi-Oghli. Desde allí era desde donde este lanzaba sus yamaks, urdia sus tramas, intimaba su voluntad al muftí, al serrallo y á los genizaros. Una casa del pueblecillo de Fanarki, á los piés del castillo, servíale de asilo igualmente que á su familia. Un intrépido albanés, llamado Hadji-Alí, hombre decidido hasta la demencia por el bajá de Rustschúk, se encargó de mandar y dirigir el destacamento, cuyos soldados todos estaban resignados al martirio. El gran visir remitió á Hadji-Alí un firman que le autorizaba á ahogar á Cabatchi-Oghli y á tomar el mando de todos los fuertes y baterías del Bósforo.

## XI

Tomadas estas disposiciones y en marcha el destacamento, el ejército comenzó su movimiento sobre